

**JUNICHIRO TANIZAKI**

**LA GATA, SHOZO  
Y SUS DOS MUJERES**

Traducción del japonés de  
Ryukichi Terao  
Con la colaboración de  
Ednodio Quintero

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

Le suplico, señora Fukuko, que me disculpe por haberle enviado esta carta firmada como Yukiko, pues yo no soy la Yukita que usted conoce, y al decírselo de esta manera quizá usted ya sabe quién soy, o a lo mejor en el mismo momento de abrir el sobre se le ocurrió: «Tiene que ser esa tipa». Y con rabia llegará a pensar: «¡Qué indiscreción! ¡Cómo se atreve a usar sin permiso el nombre de una amiga para dirigirme una carta!». Pero entienda, por favor, señora Fukuko, que si firmo yo misma la carta, seguro que él la descubre y la intercepta. Por eso tuve que acudir a este truco para que la leyera usted sin falta; pero no se preocupe, no le voy a reclamar nada ni me voy a quejar

delante de usted acerca de mi vida. Bueno, en realidad, sería capaz de escribir una carta diez o veinte veces más extensa, pero de qué me serviría todo eso. El sufrimiento, señora, me ha convertido en una mujer muy fuerte. No crea que me paso todo el tiempo llorando. Aunque tenga deseos de llorar o de descargar mi resentimiento, he decidido no pensar demasiado, y así podré llevar una vida más alegre. Ya que sólo los dioses conocen el destino de cada uno de nosotros, sería estúpido estar envidiando u odiando las fortunas ajenas.

Aunque soy una mujer sin educación, sé muy bien que estoy pecando de indiscreta al dirigirle a usted una carta de forma directa. Varias veces le he pedido ayuda al señor Tsukamoto, pero nunca me ha hecho caso, y ahora no tengo más remedio que dirigirme a usted para suplicarle un favor. No piense que le voy a pedir algo complicado, pues se trata de un asunto muy sencillo. Sólo me gustaría que me cediera un objeto de los que guarda en su casa. Por supuesto que no le voy a reclamar que me entregue a su marido. Lo que quiero es una tontería, una trivialidad.

Quiero a Lily. El señor Tsukamoto me ha dicho que él no se opondría a dejarme a Lily, pero afirma que usted no quiere separarse de ella. ¿Es verdad eso, señora Fukuko? ¿Es cierto que usted se interpone a mi único deseo? Considere, por favor, señora, que yo le cedí, sin pedirle nada a cambio, al hombre más valioso de mi vida, y con él todo lo que habíamos venido construyendo en nuestro hogar. Yo no me llevé ni siquiera una taza y todavía no me han devuelto las cosas que aporté al casarme. Quizá sea mejor así, no conservar objetos que me traigan recuerdos ingratos, pero usted no se verá perjudicada en nada si me cede a Lily. No le voy a pedir nada más, y recuerde que he soportado, con paciencia y sin rechistar, todas las bofetadas y humillaciones a que me sometiera ese individuo que ahora es su marido. ¿Será acaso un descaro pedirle la gata para recompensar mis sacrificios? Para usted quizá no sea más que un miserable animal, pero para mí se trata de un consuelo inmenso –no quiero que me vean como un ser débil, pero me siento tan solitaria sin Lily–, ya que aparte de esa gata no hay nadie en el mundo

que se interese por mí. ¿Será que usted me quiere hacer sufrir mucho más después de haberme desplazado de tan vil manera? ¿Es usted tan cruel como para no compadecerse de mi triste estado de desamparo?

No, yo sé que usted no es así. Es él quien no quiere apartarse de Lily, de eso estoy segura. A él le encanta Lily. Siempre me decía: «Seré capaz de separarme de ti, pero de mi gata, nunca». En la mesa o en la cama, donde fuera, consentía a Lily mucho más que a mí. Entonces, ¿por qué él no me dice con franqueza que no quiere entregarme a la gata, en lugar de echarle la culpa a usted? Piense bien el porqué. Él se deshizo de mí porque ya no me soportaba, y se quedó con usted, que le gustaba más. Cuando estaba conmigo, necesitaba a Lily, pero ahora que no estoy, Lily debería ser más bien un estorbo. O ¿será que todavía le hace falta la compañía de Lily? O sea, ¿usted también le importa menos que la gata, tal como sucedía conmigo? Ay, discúlpeme por haber dicho una indiscreción. Sé que es una estupidez por mi parte sospechar de esta manera, pero me parece que él vive con cierto

remordimiento, ya que trata de ocultar su propio gusto echándole la culpa a usted. Sí, ya, bueno, de todas maneras, todo esto no tiene nada que ver conmigo, yo estoy fuera del juego. Pero le aconsejo que tenga mucho cuidado, no puede confiar en esa gata, le puede dar una sorpresa. Mire, le recomiendo por su bien, más que por el mío, que se deshaga de la gata cuanto antes. Si él no está de acuerdo, el asunto se vuelve aún más sospechoso...

Teniendo en cuenta cada una de las frases de la carta, Fukuko empieza a observar con disimulo lo que hacen Lily y Shozo. Éste sorbe poco a poco el sake, acompañándolo con pescaditos en vinagre, y después de cada sorbo deja su copa sobre la mesa para agarrar un pescadito con los palillos y ofrecérselo a la gata: «¡Lily! ¡Lily!». Ésta se levanta sobre las patas traseras al tiempo que posa las delanteras en la mesa ovalada y mira con detenimiento el plato, como si fuera el cliente de un bar apoyado contra la barra o, mejor dicho, una encarnación de Quasimodo, el jorobado de Notre-Dame. Al reconocer la presa que le ofrecen hace vibrar la nariz, y se queda contemplándola

con sus grandes ojos astutos, bien abiertos, como una niña pillada por sorpresa. Shozo, sin embargo, no suelta el pescadito con facilidad.

–¡Ey!

Lo acerca primero hacia la nariz de la gata, pero lo retira para probarlo él mismo. Chupa el vinagre que lo cubre, tritura las espinas con los dientes, saca de nuevo el pescadito, lo adelanta y lo retira, lo sube y lo baja repetidas veces. Al perseguir la presa, Lily alza sus patas delanteras y con la torpeza de un fantasma las sostiene encima de su pecho. Cuando Shozo deja la presa justo sobre la cabeza de la gata, ésta apunta bien y se lanza con todas sus fuerzas para atraparla en el aire con sus patas delanteras, pero falla por poco y tiene que saltar de nuevo. De esta manera, tarda cinco, diez minutos para ganarse el pescadito.

Shozo repite con insistencia la misma maniobra. Después de darle un pescadito, se regala un sorbo de sake y toma otro bocado para buscarla de nuevo: «¡Lily! ¡Lily!». Había unos doce pescaditos de unos cinco centímetros en el plato, de los cuales Shozo apenas se ha comido tres. A los demás sólo les ha chupado el vinagre para luego arrojarlos a la gata.

–¡Ay, no, Lily, me duele! –Shozo lanza un grito

destemplado, mientras la gata se le sube de repente al hombro apoyándose en las uñas afiladas—. ¡Quieta! ¡Baja! ¡Que te quites de ahí!

Estábamos a mediados de septiembre, y el calor de verano tardío ya se había moderado, pero Shozo, un típico gordo que no aguanta las altas temperaturas y que suda como una mula, se sentó sobre los pies en el pequeño balcón encharcado por el aguacero que había azotado la ciudad hacía algunos días. Vestía una camisa ligera de manga corta con una sudadera de algodón y un calzoncillo de lino. Lily se abalanzó sobre la superficie redondeada del hombro y se agarró con las uñas para no caer. Y Shozo gritó al sentir el dolor causado por las uñas de la gata que se hundían a través de la tela ligera de la camisa.

—¡Ay! ¡Me duele! ¡Quítate de ahí, te digo!

Trató de despegarla sacudiendo e inclinando el hombro, pero la gata aferró las uñas con más fuerza y le hizo sangrar. Leves manchas de sangre aparecieron en la camisa de Shozo, pero éste sólo se limitó a balbucear, sin dar muestras de fastidio: «¡Qué fiera!». Conocedora de lo complaciente que en todo momento se mostraba su dueño con ella, Lily, con actitud adulatora, adelantó el hocico para acariciarle la mejilla, y al ver que aquél

probaba un bocado de pescadito, se acercó sin miedo a su boca con el propósito de reclamar su ración. Cuando Shozo, después de haber masticado el pescadito, lo mostró sobre la lengua, la gata lo atrapó con celeridad, llevándoselo de un tirón y aprovechando el momento para lamer con fruición los labios de su amo. Había ocasiones en que Shozo y la gata compartían la misma presa, tirando de ella por los extremos. Durante esta especie de torneo, Shozo soltaba frases como éstas: «Ay», «¡Asco!», «¡Espera!», frunciendo el ceño y escupiendo de vez en cuando, pero en realidad lucía tan feliz como Lily.

–Oye, ¿qué te pasa?

Cuando por fin hizo una pausa para mostrarle la copa vacía a Fukuko, Shozo se sintió súbitamente preocupado ante la mirada inquisitiva de su mujer. Se dio cuenta de que ella, por alguna razón desconocida, había abandonado el buen humor de hacía un rato, y ahora lo miraba de frente, con las dos manos guardadas en las mangas del kimono y sin ofrecerle a servirle más sake.

–¿Es que no hay más sake? –Shozo retiró la copa y observó con temor los ojos de su esposa.

–Tengo que hablar contigo –dijo la mujer con voz firme, pero luego se calló, disgustada.

–¿Qué pasa? Dime, ¿de qué quieres hablar?

–Mira, regálale esa gata a Shinako, y hazlo ya.

–¿Cómo? ¿Qué dices?

Sin entender por qué se le había ocurrido a Fukuko plantear aquel tema así de buenas a primeras, Shozo se molestó por un instante, pero su mujer se mostró inflexible hasta el punto de causar en él un sentimiento de perplejidad.

–Pero ¿por qué así, tan de repente...?

–No hagas preguntas necias. No discutas y regálasela de una vez. Llama al señor Tsukamoto mañana, y entrégale la bendita gata sin más.

–Pero ¿qué te pasa?

–¿Es que no piensas hacerme caso?

–¡Espera, mujer! Dame alguna razón para que te pueda entender. ¿Te ha molestado algo?

¿Estará celosa de Lily? –se le ocurrió pensar, pero esta idea no lo convenció del todo, pues sabía que a ella también le gustaba la gata. Cuando Shozo todavía vivía con su ex esposa Shinako, Fukuko se burlaba de la insensatez de aquella mujer que no ocultaba sus celos por la gata. Luego, cuando Fukuko se vino a vivir con Shozo, ya conocía muy bien las manías de su marido con relación a los gatos, y siempre trató a Lily con cariño, aunque no de manera exagerada. De hecho,

Fukuko nunca había rechazado la presencia de Lily, a pesar de que ésta rompía la intimidad del matrimonio durante las tres comidas. De noche, el marido se había acostumbrado, tal como lo estaba haciendo aquel día, a disfrutar del sake en compañía de Lily, y Fukuko se entretenía con el circo montado por la gata y el borrachín, y a veces participaba ella misma arrojándole una presa a la gata para hacerla saltar. De modo que la convivencia con la gata, lejos de incomodar la vida conyugal, servía de lazo para fortalecer el vínculo de la pareja y alegrar el ambiente del comedor. ¿Cuál sería entonces la causa de aquel repentino cambio de actitud? Hasta ayer, o mejor dicho, hasta hace apenas unos minutos, cuando Shozo acababa su quinto trago, Fukuko se comportaba como siempre. ¿Se habría molestado acaso por alguna trivialidad? ¿O se compadecía de Shinako, sabiendo que ella soñaba con que le regalaran la gata?

Recordó que Shinako le había reclamado la gata, a cambio de irse de la casa sin exigirle nada más. Aquella petición se la había formulado en varias ocasiones a través de Tsukamoto, pero Shozo la ignoró siempre, pensando que ni siquiera valía la pena considerar semejante posibilidad.